

ARTICULOS

John Stuart Mill en nuestros días

Por WILLIAM EBENSTEIN

Universidad de Princeton

Es mérito de la sagacidad histórica de Mill haber pensado, al escribir "On Liberty", más en el futuro que en su tiempo, que "no parecía necesitar demasiado una lección de tal naturaleza" (1). Un pensador de menor honradez intelectual que Mill habría justificado la necesidad de un nuevo ensayo sobre la libertad, exagerando las amenazas existentes contra ella en su época. Con la ponderación que proporciona la contemplación de lo pasado sabemos ahora que, en una perspectiva histórica, Inglaterra del siglo diecinueve constituyó una de las sociedades más liberales de la Historia, sobre todo si en la contemplación tenemos en cuenta nuestra propia experiencia del fenómeno totalitario del siglo veinte. Mill no predijo la aparición del totalitarismo ni jamás pretendió poseer dones proféticos de ninguna clase; no obstante, siempre se interesó más por las "tendencias" que por los "acontecimientos actuales" (2) y es notable la exactitud con que previó las tendencias que en el futuro habrían de amenazar a la libertad política y económica. En realidad, puede argüirse, como después se señalará más detalladamente, que Mill, si bien no predijo concretamente el fenómeno totalitario del siglo veinte, sí analizó con precisión algunas de las principales fuerzas sociales e intelectuales que prepararon su advenimiento y la difusión de un mayor conformismo en el seno de las sociedades más *estabilizadas*.

El análisis crítico de la democracia se basaba, antes de Alexis de Tocqueville, en la hipótesis de que la democracia estaba condenada al fracaso, de que no tenía posibilidad alguna de apli-

(1) "Autobiography" ("World's Classics edition", 1949), pág. 215.

(2) Ibid.

cación práctica. Después de Tocqueville, muchos criticaron a la democracia arguyendo que era intrínsecamente mala, aun en el caso de que fuera posible implantarla en la práctica. Tocqueville fué el primero en investigar los defectos de la democracia resultantes más bien de su éxito práctico que de su fracaso. Mill fué uno de los contemporáneos de Tocqueville que primero comprendió en todo su alcance las consecuencias que implicaba el descubrimiento de este último. Mientras que el problema interesaba a Tocqueville, principalmente en cuanto se refería a la democracia americana, Mill formuló el principio de que en las doctrinas políticas y filosóficas "el éxito revela defectos y carencia que el fracaso hubiera quizá mantenido ocultos a la observación" (3).

Los investigadores que estudian campos desconocidos del mundo físico, hace tiempo que aprendieron la lección elemental de que todo nuevo descubrimiento pone de manifiesto no sólo antiguos errores y conceptos equivocados, sino también nuevas zonas de ignorancia.

En el campo del pensamiento social y político está aún muy extendida la idea de que profundos problemas humanos pueden resolverse "de una vez y para siempre". Sin embargo, la ley aplicable al progreso del conocimiento del mundo físico también lo es al progreso del conocimiento de las relaciones humanas: cada vez que un problema humano queda en apariencia resuelto, su misma solución origina nuevos problemas. La ilusión de haber logrado soluciones acabadas y definitivas, nace más fácilmente respecto de los problemas de relaciones humanas que respecto de los del progreso gradual del conocimiento físico, porque el conocimiento del mundo físico está libre de los prejuicios y de los sentimientos de orgullo que son inherentes a las situaciones políticas y económicas. En cuanto hombre de ciencia, un físico podría, hacia 1910, haber aceptado o rechazado la teoría de la relatividad de Einstein, pero esa decisión intelectual es de naturaleza diferente a la decisión global que una persona tiene que tomar respecto de concepciones, tales como democracia o nacionalismo.

El peligro específico que ofrece un sistema político o económico que triunfa es su tendencia a pretender ser la última palabra sobre la cuestión. La Historia nos brinda múltiples ejemplos de esta falta de visión, que parece aumentar en proporción directa al éxito del sistema de que se trate. El mismo éxito del nacionalismo, como solución contraria al sistema anterior, de relativa falta de unidad, localismo, atomización e incluso caos, ha planteado nuevos problemas que, por definición, ni existían antes ni podían haber existido. Hace una generación o dos, muchas personas opinaban que el capitalismo constituía el principal obstá-

(3) "On Liberty" ("World's Classic edition", 1933), pág. 8.

culo para la existencia de la justicia dentro de las naciones y para la existencia de la paz entre ellas. La abolición parcial en los Estados ha mostrado que esas soluciones originan por sí mismas nuevos problemas antes desconocidos, o por lo menos no tenidos en cuenta.

La razón por la que Mill se preocupa tanto por esa ilusión en las democracias triunfantes, es porque en ellas tiene tendencia a ser mayor que en los sistemas que las precedieron. Muchos demócratas se sintieron, y se sienten, inclinados a creer que su ilusión es más racional que la de los sistemas políticos anteriores. Por considerar el desarrollo político como un proceso progresivo que arranca de la monarquía, pasa por la aristocracia y el gobierno parlamentario limitado y llega a una democracia plena y acabada, los demócratas creen a menudo que el proceso histórico de lucha y dominio llega a su fin con la democracia. En términos económicos, Marx cayó en el mismo error en su estudio de la evolución económica: cada etapa del desarrollo económico (nomadismo, feudalismo agrario, capitalismo industrial) significa un progreso en relación con la etapa anterior, pero la perfección sólo se alcanza con la sociedad sin clases comunistas, donde no existirán ni explotadores ni explotados. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que el triunfo del comunismo conduce a nuevas formas de explotación económica, diferentes de las anteriores, pero no menos reales para los explotados. Análogamente, el éxito de la democracia, arguye Mill, ha eliminado en gran medida las viejas formas de operación monárquica, aristocrática, eclesiástica y tradicional autoritaria, sin haber, no obstante, resuelto el problema de la libertad humana de una vez y para siempre. Al contrario de lo que afirma la acusación común en los conservadores de que los liberales tienen una fe ingenua en la perfectibilidad del hombre, Mill, el liberal de más talla del siglo diecinueve, tenía noción exacta de los eternos defectos del hombre, que se manifiestan en cualquier sistema y en cualquier conjunto de circunstancias. Lo que varía es la forma externa bajo la cual se muestran la opresión, la intolerancia y el conformismo.

Hoy en día, mientras los adversarios del marxismo se apresuran a señalar que la teoría marxista de la realización de la justicia en la sociedad sin clases es histórica y se funda en supuestos psicológicos ingenuos, los defensores de la civilización liberal-demócrata frecuentemente pretenden que la democracia es más perfecta de lo que es en realidad. Este error intelectual, contra el que Mill pone en guardia, tiene también graves consecuencias políticas. Numerosas naciones persisten en su actitud de no tomar partido en la lucha que enfrenta al mundo comunista con el grupo de naciones capitaneado por los Estados Unidos. Cuando Foster Dulles, el fallecido secretario de Estado americano, calificó de "inmoral" a ese neutralismo, reflejó un punto de vista

que divide al mundo en las "naciones libres" que practican el bien absoluto y las "naciones comunistas" que obran el mal absoluto. La tendencia de todo sistema político y social que alcanza éxito, a contemplar el mundo con el criterio propio de una novela del "Coyote" (en la que los "buenos" luchan con los "malos") revela un desarrollo poco avanzado de la facultad de autoanálisis y de autoperfeccionamiento práctico.

La fuerza más poderosa, o la tendencia más poderosa (para emplear el término utilizado por Mill), que se opone a la libertad personal en el mundo moderno, es que ahora la gente "lee las mismas cosas, escucha las mismas cosas, ve las mismas cosas, va a los mismos sitios, centra sus esperanzas y temores en torno a los mismos objetos, disfruta de los mismos derechos y libertades y dispone de los mismos medios de afirmarlos" (4). Mill añade otros dos factores que contribuyen a este proceso de creciente uniformidad: "la difusión de la enseñanza" y el "desarrollo del comercio y las manufacturas". En el análisis de Mill, la tendencia a la uniformidad es más bien el resultado de la civilización industrial que de la actuación de los manipuladores sedientos de poder de las industrias de información. Mill previó, y es posible que lo hiciera incluso con mayor claridad que el propio Tocqueville, que la industrialización, es decir, un proceso de carácter social y económico, es más importante en cuanto causa de nivelación de la uniformidad que la democracia, un proceso de carácter esencialmente político. Cuantos más altos niveles de vida y más amplios medios de enseñanza e información se ofrezcan a todos los miembros de la comunidad, mayor uniformidad mental y psicológica se producirá. En el mundo preindustrial, "las diferentes categorías, las diferentes vecindades, los diferentes oficios y profesiones, vivían en lo que se podría llamar mundos distintos; hoy viven en gran medida en el mismo" (5).

Mill presupone aquí, sin decirlo abiertamente, que el concepto de libertad fué, originariamente, en la Europa medioeval la preocupación y el grito de guerra de la aristocracia contra la Corona; la Carta Magna, el primer gran documento en el que se consagran el constitucionalismo y la libertad, fué arrancada al Monarca por la aristocracia inglesa. El significado de la libertad cambió cuando la burguesía la abrazó como uno de sus ideales: mientras que en su originario estadio aristocrático la libertad era concebida principalmente de manera negativa, como ausencia de coacción y de poder arbitrario de la Corona, la libertad burguesa fué siempre una mezcla de ingredientes negativos y positivos: el aspecto negativo fué celosamente conservado en la esfera económica, lo que condujo a la doctrina del "laissez-faire", defensora del principio de que en cuestiones económicas existe una amplia esfera de libertad individual que el Estado debe respetar.

(4) "On Liberty", pág. 90.

(5) *Ibid.*

En cuestiones políticas, la concepción burguesa de la libertad fué de orientación más positiva: la libertad se identificó no con la ausencia de gobierno, sino con el autogobierno. Por último, y esta postrera fase del proceso dista mucho de estar concluída, debido al hecho de que la clase trabajadora ha adoptado el ideal de la libertad como propio, el equilibrio entre los aspectos negativo y positivo de la libertad se ha desplazado aún más en la dirección de la libertad positiva. En esta concepción, libertad no significa ausencia de coacción sobre el individuo (libertad *de*), sino libertad *para* organizar, estipular colectivamente, imponer el cierre de tiendas, decretar la huelga, montar el piquete de huelga e influir en el proceso político de la manera más efectiva posible.

El dilema ante el que se encontró Mill, que es el mismo con el que se enfrentan los liberales de hoy, nace de la actitud ambivalente que los liberales adoptan ante la desigualdad social e incluso ante la aristocracia; por ejemplo, de una de las razones por las que la libertad individual y la discrepancia son más respetadas y protegidas en Inglaterra que en los Estados Unidos, es que la igualdad social en Inglaterra no ha avanzado tanto como en los Estados Unidos, y especialmente, que la aristocracia inglesa constituye un baluarte permanente contra el conformismo. No es simple casualidad que la Cámara de los Lores se haya preocupado tradicionalmente más de los problemas de libertad individual que la Cámara de los Comunes. El liberal no puede menos de conceder, hasta el punto en que defienda el aspecto negativo de la libertad, que la diferenciación social aún existente en Inglaterra es una de las causas principales de la supervivencia de la libertad individual y del no conformismo. Y sin embargo, el liberal moderno, hoy en día más interesado en el aspecto positivo de la libertad que se funde con el ideal de igualdad, es contrario, al mismo tiempo, a toda diferenciación social o económica. El liberal se encuentra así ante el dilema de desaprobar una causa, pero aprobando sus efectos, o por lo menos algunos de ellos. La distancia acentúa la incongruencia lógica de este dilema: el liberal americano admira, incluso aún más que el liberal inglés, esa preocupación por la libertad individual que impregna toda la sociedad inglesa de arriba a bajo, y especialmente su cúspide, pero al mismo tiempo encuentra más irritante que el liberal inglés la desigualdad social y económica existente en Inglaterra.

Por ser el liberal más representativo del siglo XIX, Mill refleja en su pensamiento las tensiones y dilemas causados por las concepciones negativa y positiva de la libertad, tanto política como económica. En tanto que demócrata, Mill simpatiza con la concepción positiva de la libertad, en tanto que liberal, sus simpatías van todas hacia la concepción negativa. Aún en las obras en que creía expresar su filosofía de la libertad de manera más sistemática y bien trabada, como es el caso de su ensayo "On Li-

erty", Mill no fué capaz de conciliar completamente ese dualismo. En los tres primeros capítulos, que tratan principalmente de los aspectos políticos e intelectuales de la libertad, el énfasis descansa casi de manera exclusiva en la idea negativa de libertad; en los dos últimos capítulos de "On Liberty", referentes a las ramificaciones sociales y económicas de la libertad, Mill hace concesiones de importancia al aspecto positivo de la libertad, sin abandonar completamente la posición negativa. Esta posición ambivalente de Mill aparece también en su no siempre coherente actitud hacia la democracia, el socialismo y la intervención estatal en las cuestiones económicas.

Al contrario de Marx, quien mantuvo la teoría demasiado simplista de que los males de la civilización industrial podrían remediarse por el simple medio de la desaparición de la clase capitalista, Mill caló más hondo en la cuestión: existen problemas en la sociedad industrial inherentes a su naturaleza misma y a su mismo desarrollo, que son totalmente independientes de la cuestión política de quienes sean los propietarios de los medios de producción. Mill observó que los efectos de la industrialización eran más profundos que la superficial uniformización de pensamiento y maneras. Vió el debilitamiento gradual de la ética individual clásica, según la cual el hombre se guía por su conciencia al elegir entre posibilidades de acción diferentes.

La orientación moral que tiene su norte en la propia conciencia, que indica al individuo cuál ha de ser su conducta, es sustituida por la orientación que proporciona el grupo, que simplemente indica la conducta que de hecho observan los demás. La gente "escoge lo que es habitual, en lugar de lo que conviene a su inclinación propia. Ocurre que la gente no tiene inclinaciones, a no ser por lo que es habitual. Así sucede que la mente misma se somete al yugo; incluso en lo que la gente hace por placer, la idea de uniformidad es la primera que acude a su mente; sus gastos son gregarios, su elección se ejerce dentro de los límites de lo que es usual, se huye de la originalidad en los gustos, de la extravagancia en la conducta, como de un crimen; hasta que de puro desoir la propia naturaleza se acaba por carecer de naturaleza que escuchar" (6). El proceso de socialización del hombre alcanza, según Mill, el último grado cuando las presiones de la sociedad se obedecen no por debilidad o conformidad del individuo, sino por formar ya parte tan íntima de su fuero interno que el individuo no advierte que las órdenes y presiones de su grupo o sociedad proceden del exterior.

Orientando el análisis en ese sentido, Mill se anticipa a recientes estudios contemporáneos sobre la decadencia del individualismo en la sociedad americana (y en otras sociedades desarrolladas) del tipo del realizado por Whyte en su "hombre de

(6) "On Liberty", pág. 76.

la organización" y por Riesman al analizar el paso del individuo con criterio propio ("inner-directed") al individuo con criterio reflejo ("other-directed"). Si esas tendencias parecen haberse desarrollado con mayor intensidad en los Estados Unidos que en otras sociedades industriales, la razón se debe menos a las características peculiares de la vida americana que al hecho de que la industrialización y la urbanización (esta última especialmente en sus formas avanzadas de metrópolis y megalópolis) se han desarrollado con mayor plenitud en los Estados Unidos que en otras sociedades industriales (7).

El único cambio que se ha producido desde los tiempos de Mill es la intensificación del proceso de incorporación de normas sociales externas en el código moral interno de cada individuo, debida a los nuevos medios de comunicación, desconocidos en la época de Mill, especialmente a la radio y a la televisión, por no mencionar los periódicos y revistas de gran tirada. Lo mismo en Inglaterra que en los Estados Unidos, el número de lectores aumenta constantemente mientras que disminuye de manera constante el número de periódicos y revistas. En Inglaterra, la constitución de trusts para la protección de la integridad de los periódicos, como en el caso del "The Observer", "The Times", "The Guardian" y otros varios, así como la dirección o fiscalización oficial de la radio y la televisión, han impedido los peores excesos de la uniformidad comercializada, sin resolver el problema en ningún sentido fundamental.

La distinción entre la concepción negativa de la libertad, como ausencia de coacción y la concepción positiva de la libertad como autonomía, coincide en un sentido general con la distinción entre liberalismo y democracia. El liberalismo responde a la pregunta: "¿Hasta dónde debe llegar la fiscalización?", mientras que la democracia se pregunta: "¿Quién va a llevar a cabo la fiscalización?" Las dos preguntas están plenamente justificadas y las respuestas del liberalismo y de la democracia pueden ser acertadas, pero ocurre que a menudo cosas que son buenas en sí mismas no siempre son compatibles o fácilmente compaginables. Mientras existió un enemigo común, como fué el caso de los privilegios monárquicos o aristocráticos y la fiscalización del pensamiento, el liberalismo y la democracia marcharon de con-

(7) DAVID RIESMAN, "The Lonely Crowd" ("Anchor Books", 1953), pág. 35. Con relación a la importancia del análisis de Mill, Riesman dice que sus escritos sobre la individualidad ("On Liberty", "On Social Freedom", "Autobiography", "The Subjection of Women") representan "una extraordinaria prefiguración del individuo autónomo cuando, con la desaparición de las barreras de la libertad más antiguas se alzan en la democracia las barreras más recientes y mucho más sutiles de la opinión pública. Desde luego, al

leer a autores modernos, tales como Sartre, Simone de Beauvoir, Erich Fromm, José Ortega y Gasset y Bertrand Russell, que tratan temas similares, causa sorpresa el grado hasta el que, bajo las diferencias de idioma, su punto de vista filosófico se parece al de Mill en muchos aspectos importantes" (pág. 293). El juicio de Riesman habría sido más preciso y completo si hubiera añadido que gran parte del análisis sociológico moderno del impacto de la sociedad de masas sobre el individuo, incluyendo el análisis del propio Riesman, procede de Mill.

suno, como demuestra la experiencia histórica. Pero, una vez el enemigo desaparecido, comenzaron a manifestarse las contradicciones. La Constitución de los Estados Unidos de América se preocupó en un principio del problema de la democracia; el injerto posterior de la Tabla de Derechos en la Constitución proporcionó el elemento liberal; la cuestión de si el sistema político americano es una democracia o una república, al mismo tiempo que implica conflictos de interés material, refleja también el problema filosófico de si el elemento predominante es el liberal o el democrático. La tendencia de la mayoría numérica ha sido siempre hacia la concepción positiva de la libertad, es decir, hacia la democracia. La concepción negativa de la libertad, o sea el liberalismo, pide el máximo respeto de la esfera individual compatible con las exigencias mínimas de la sociedad. Parece inverosímil, escribe Isaiah Berlín (8),

“que nunca haya nadie realizado esta petición de libertad, a no ser una reducida minoría de seres humanos muy civilizados y pagados de sí mismos. La gran masa de la humanidad sin duda ha estado, la mayoría de las veces, dispuesta a sacrificar la libertad a otros fines, tales como la seguridad, la posición, la prosperidad, el poder, la virtud, la recompensa en el otro mundo, o bien la justicia, la igualdad, la fraternidad y otros muchos valores que son totalmente o, en parte, incompatibles con el máximo grado de libertad individual y que ciertamente no la necesitan como condición previa para su consecución”.

Los psicólogos no han pronunciado todavía su última palabra en esta cuestión, pero parece ser que desde el punto de vista psicológico, la concepción negativa de la libertad exige del individuo condiciones de autonomía, madurez, independencia, capacidad de decisión, autosuficiencia moral y social, más estrictas que las que pide la concepción positiva de la libertad, la cual proporciona, o por lo menos tiene en cuenta, la dependencia del individuo respecto de los demás, aun cuando esa dependencia se oculte bajo términos, tales como “cooperación” o incluso “igualdad”.

La tensión existente en el pensamiento de Mill entre el concepto negativo y el concepto positivo de libertad puede también apreciarse con toda claridad en relación con los problemas de democracia política (gobierno representativo) y de democracia económica (socialismo). Como principio general, y aquí Mill manifiesta su adhesión al concepto positivo de democracia, ninguna organización del sufragio es “permanentemente satisfactoria si

(8) “Two Concepts of Liberty”, 1958, página 46.

en ella se excluye de manera perentoria a alguna persona o clase, si en ella el privilegio electoral no se otorga a todas las personas mayores de edad que deseen obtenerlo" (9). En el peor de los casos, la exclusión del sufragio origina descontento y violencia; en el mejor de los casos, produce apatía, hace nacer el sentimiento de haber sido excluido de la comunidad nacional. En relación con el principio del sufragio universal, Mill reconoce también la ineludible consecuencia del gobierno de la mayoría, "no por ser justo en sí mismo, sino por ser menos injusto que cualquier otra posición que se adopte en la materia" (10). Sin embargo, esta solución plantea inmediatamente problemas que le son peculiares. En primer lugar, puede ocurrir que la mayoría numérica de los votantes sea una minoría del cuerpo electoral. En Inglaterra, el 80 por 100 aproximadamente del cuerpo electoral vota en las elecciones generales; en los Estados Unidos, sólo el 60 por 100, poco más o menos. El partido triunfante obtiene de manera característica del 48 al 55 por 100 de los sufragios, es decir, bastante menos de la proporción correspondiente a la mitad del cuerpo electoral. En algunos casos el partido triunfante obtiene sólo una minoría de los votos: esto ocurrió en la victoria alcanzada por Truman en 1948 y en todas las elecciones generales celebradas en Inglaterra desde 1945. En 1945 y 1950, el partido laborista alcanzó la mayoría en la Cámara de los Comunes, con menos del 50 por 100 de los sufragios, y en 1951, 1955 y 1959, los conservadores ganaron las elecciones a pesar de haber conseguido en las tres ocasiones menos del 50 por 100 de los votos emitidos por el pueblo. En segundo lugar Mill señala la posibilidad de que la mayoría numérica esté bajo el "dominio de intereses de partido o de clase" (como, por ejemplo, el elemento sindical en el partido laborista inglés o el grupo sudista en los Estados Unidos). Además, la situación no mejoraría en conjunto si la mayoría pudiese manifestar su interés, ello plantea simplemente el problema de la consideración debida a los intereses de la minoría.

Para resolver este problema, Mill propone dos tipos de solución, uno mecánico y otro filosófico. Por lo que se refiere a la solución de tipo mecánico, Mill, en su "Representative Government", elabora un complicado sistema de representación proporcional que, con el fin de reflejar con exactitud las opiniones políticas del cuerpo electoral, va más lejos que ningún sistema de representación proporcional utilizado en la actualidad en un parlamento. La principal objeción que puede oponérsele es más bien de carácter histórico que lógico o filosófico: la experiencia política ha demostrado en muchas naciones que la representa-

(9) "Considerations on Representative Government", edición Currin V. "Shields, "Library of Liberal Arts", 1958, pág. 131.

(10) "Representative Government", pág. 94.

ción proporcional (en general, pero no siempre) tiende a acentuar las divisiones ideológicas y políticas, dificultando y, en algunos casos impidiendo, una obra de gobierno efectiva apoyada en una amplia base de opinión favorable. Los sistemas tradicionales de Inglaterra y los Estado Unidos no reflejan las opiniones de los votantes con tanta exactitud como la representación proporcional, pero suelen permitir un gobierno estable. El peligro de un poder excesivo en el gobierno democrático obsesionaba tanto a Mill que nunca tomó seriamente en consideración los peligros que para la libertad personal ofrece un gobierno inestable e eficaz. Un gobierno democrático débil amenaza a la libertad personal hasta tal punto que es probable que origine una reacción de autoritarismo, con el consiguiente escaso respeto hacia las libertades ciudadanas constitucionalmente garantizadas.

La segunda salvaguardia mecánica que Mill sugiere para proteger a las minorías y a los individuos contra la mayoría es el voto plural, basado sobre todo en la superior instrucción y capacidad mental. A falta de un sistema seguro para determinar la instrucción y la capacidad mental, Mill propone la norma, que difícilmente aceptarían los liberales de hoy, que la ocupación constituye a primera vista una prueba pragmática. Según esa prueba —mantiene Mill— es muy probable que un banquero sea más inteligente que un comerciante y un patrono más que su asalariado. Es curioso que en Inglaterra los últimos restos del voto plural, las circunscripciones universitarias y los locales de negocios, fueron abolidos en fecha tan tardía como 1948, bajo el Gobierno Attlee. Mill propone también, en su obra "Representative Government", que se excluya del sufragio, por lo menos temporalmente, a ciertas categorías de personas: a los analfabetos, a los acogidos a la beneficencia, a las personas que no pagan impuestos, a los quebrados. Incluso los más acérrimos conservadores no se atreverían hoy, por razones de conveniencia política, si no fuera por otras de más peso, a proponer tales medidas, aunque bien pudiera ser que secretamente estuvieran de acuerdo con Mill.

Los medios mecánicos propuestos por Mill para la salvaguardia de las libertades del individuo y de las minorías en el sistema de mayoría numérica interesan hoy menos que sus consideraciones filosóficas. En primer lugar, Mill subraya que un "cultivo serio de la mente de la mayoría de la humanidad" (11) es un requisito previo necesario si la democracia no ha de degenerar en una tiranía de los intereses de la mayoría o de la minoría disfrazados con la capa de la mayoría numérica. Sin embargo, Mill no mantiene el punto de vista demasiado simplista e intelectualizado de que la instrucción metódica es el camino seguro que conduce a la capacidad mental y a la educación polí-

(11) "Representative Government", pág. 123.

tica. El método principal de elevar la educación política de todos, "hasta la de los estratos más inferiores del pueblo" (12), es la participación auténtica en el proceso político. Mill ve en las instituciones democráticas no solamente la respuesta a los problemas de justicia política, sino también al problema de sensatez y educación políticas. La Historia le ha dado la razón. En Inglaterra, por ejemplo, muchas de las figuras del partido laborista, Hardie, Lansbury, Bevin, Morrison, llegaron a la política nacional por el camino de la política local o de los sindicatos. Mill encuentra también estímulo en el hecho de que en los Estados Unidos la práctica de la intelligence democrática ha aumentado el nivel del discernimiento político, aunque no deja de observar que las mejores mentes del país quedan a menudo excluidas de la vida pública, porque el pueblo, como los antiguos déspotas, frecuentemente gusta de la lisonja y la adulación.

En segundo lugar, Mill pone su esperanza en la noción de "poderes concurrentes". Cree que solamente puede mantenerse la libertad política y económica cuando no existe en el gobierno democrático un único grupo predominante, sino una pluralidad de grupos, "centros de resistencia", o "varios poderes concurrentes en el Estado", que ocasionalmente entran en conflicto y que nunca tienen opiniones e intereses idénticos" (13).

La teoría de Mill de los "poderes recurrentes" en el campo de la política es en cierto sentido análoga al concepto de Galbraith de "poder contrabalanceado" en el campo de la economía. Si existe un grupo político o económico claramente destacado que prevalece siempre (como ocurre hoy en Sudáfrica), las perspectivas de la libertad económica y política son sombrías. Recíprocamente, si es imposible alcanzar nunca el asentimiento de la nación en relación con problemas generales, el gobierno democrático se diluye en la esterilidad y el caos. En opinión de Mill, el peligro amenaza a la democracia solamente en la primera dirección, es decir, cuando predomina un solo grupo. Mill se inclina a opinar así porque cree que la sociedad moderna se compone esencialmente de dos clases: la clase de los patronos, en la que incluye a los profesionales, y la clase de los trabajadores, en la que quedan incluidos los tenderos modestos y los artesanos. Muchos de los temores políticos de Mill se basan en este análisis social, especialmente porque Mill cree que es muy probable que esta bipolaridad aumente en el futuro. Debido a su creencia de que dos grupos sociales compiten por el poder, Mill teme que el grupo predominante ejerza el poder de una manera arbitraria, especialmente debido al hecho de que estará constituido por los pobres y los faltos de instrucción. La sola limitación que Mill incluye en este análisis es que las diferencias de raza, lengua o

(12) *Ibid.*

(13) HUGH S. ELLIOT, "The Letters of John Stuart Mill", vol. II, 1910.

nacionalidad pueden impedir la formación de dos bloques predominantes en la sociedad, enfrentados el uno al otro como tiranos potenciales. Sin embargo, Mill no insiste demasiado en esta limitación, porque tiene escasa importancia en Inglaterra y en las demás naciones occidentales adelantadas a las que tiene presentes. Por pensar que la sociedad en las naciones modernas está dividida en dos grupos principales —patrones y asalariados, ricos y pobres—, Mill formula muchas propuestas, de carácter institucional y filosófico, destinadas a crear deliberadamente centros de resistencia, poderes concurrentes.

La experiencia histórica ha resuelto en gran medida el problema que se planteaba Mill. Contrariamente a su análisis y a sus creencias sobre el futuro, la sociedad industrial moderna no se ha desarrollado siguiendo una línea estrictamente económica que divida a la comunidad en los dos bloques económicos de patrones y asalariados. Es notable cómo esta terminología de Mill recuerda a una de las divisiones de Marx de la sociedad industrial moderna en dos grupos: capitalistas y proletarios. Mill nunca menciona a Marx en sus escritos o cartas, y es casi seguro que no conoció nada sobre Marx y sus teorías. Es, por lo tanto, curioso el punto hasta el cual el pensamiento de Mill sobre esta cuestión crucial se parece al de Marx. Mill no era un compañero de viaje marxista, ni Marx fué un liberal disfrazado. La explicación descansa en el ambiente común del siglo diecinueve, en el que se otorgó excesiva importancia a los factores económicos, a expensas de los factores políticos y culturales. La evolución social ha disipado el temor de Mill de que la sociedad quedase eventualmente dividida en dos grupos: los ricos y los pobres. En primer lugar, ni siquiera desde un punto de vista puramente económico, puede establecerse una clara distinción de esa naturaleza. Los pobres, es decir, aquellas personas cuyo nivel de vida es inferior al mínimo necesario, han quedado reducidos a un número tan pequeño, debido al aumento de la productividad y a los beneficios de la seguridad social, que ya no constituyen un grupo político o social organizado importante. Lo que ahora existe no es una pobreza general y ampliamente extendida como en el siglo diecinueve, sino "lunares de pobreza" en zonas determinadas o en determinados grupos de personas, como es el caso de los ancianos o los enfermos crónicos.

Además, la eliminación de la pobreza ha sido acompañada de una nueva estratificación de la sociedad que ni Marx ni Mill previeron: la aparición de los empleados, que han ido aumentando proporcionalmente en todas las sociedades industriales (incluso en la Unión Soviética) a expensas de la clase trabajadora (el proletariado de Marx). La experiencia política en todas las naciones modernas demuestra con evidencia que la conciencia política de los empleados es esencialmente diferente de la de la clase trabajadora, aunque su situación económica real pueda no ser su-

perior. Dentro de la clase trabajadora, las diferencias debidas al diferente grado de especialización han aumentado más bien que disminuído. En el seno de la vieja clase capitalista, la separación entre la propiedad y la gestión en las sociedades mercantiles anónimas ha dado también como resultado nuevas estratificaciones, desconocidas en tiempos de Mill. Por último, la agricultura ha pasado a constituir un grupo aparte, que no encaja ni en el grupo financiero capitalista de las sociedades mercantiles anónimas ni en el grupo obrero. En la práctica, por lo tanto, el temor de Mill de que la libertad política y económica quedara aplastada por el peso abrumador de un grupo preponderante (que sería muy probablemente la clase trabajadora) no se ha realizado. De hecho, ningún grupo económico aislado ejerce predominio; el peligro para el individuo proviene hoy en día no tanto de que un grupo llegue a ser todopoderoso como de que varios grupos de intereses (que muy a menudo están aparentemente en oposición) se unan a expensas de grupos peor protegidos, como puede observarse frecuentemente en los acuerdos entre obreros y directivos a costa de los consumidores desorganizados.

Además, la división económica no es la única, ni siquiera la más importante. A medida que la pobreza de tipo decimonónico va gradualmente siendo eliminada, van dominando la vida pública problemas de carácter político, ideológico o cultural; aunque puedan existir mayorías apropiadas en relación con cada problema concreto, no existe una mayoría permanente respecto de todos los problemas. Por ejemplo en estos años, en los Estados Unidos, los problemas más candentes han surgido en el campo de la política exterior, de los derechos cívicos, de las relaciones industriales, de la educación y en materia de discriminación racial.

Es dudoso que exista una mayoría claramente definida respecto de cada problema concreto, y aun cuando esa mayoría pudiera alcanzarse temporalmente, no estaría fundada necesariamente sobre intereses o grupos sociales permanentes, sino sobre transitorias combinaciones y estratagemas políticas. El peligro para la libertad política y económica de muchas democracias, desde los tiempos de Mill, ha consistido frecuentemente no tanto en la probabilidad de que un grupo económico dominase al resto, como en el desvanecimiento de la conciencia del interés público y su sustitución por las luchas de los grupos de presión, sin esperanza ninguno de ellos de convertirse en mayoría. El peligro de la sociedad democrática moderna consiste en la posible proliferación de múltiples "grupos con poder de veto" que impidan la adopción de medidas prácticas, con el resultado de que al final surja el deseo clamoroso de un puño de hierro o de un gobierno fuerte que imponga el orden y la autoridad. Teniendo en cuenta esta nota importante del análisis de Mill, no se puede argüir que estaba equivocado al prever la decadencia de la in-

fluencia del individuo sobre el proceso político. El grupo de presión, como vehículo potencial de manifestación de intereses individuales o como amenaza potencial para la libertad individual, brilla con poca luz en el firmamento político de Mill. Abrigaba la esperanza, sin embargo, de que en la sociedad futura dotada de bienestar económico, en la que el pensamiento de los hombres pudiera elevarse de la brega necesaria para lograr la subsistencia a la consecución de valores intelectuales y morales más altos, los hombres se organizarían en múltiples grupos y asociaciones. No obstante, Mill no dice con claridad, puesto que tal hecho habría de acontecer en un futuro más o menos remoto, cómo se organizarían en la práctica esas formas avanzadas de actividad asociacional.

Siguiendo a Alexis de Tocqueville, que había predicho que el problema de la propiedad se convertiría cada vez con mayor intensidad en el centro de la lucha y de la controversia política, Mill estaba profundamente interesado en el problema de la libertad y la justicia económicas en sus relaciones con la libertad política. Mill fué el primer liberal europeo destacado que comprendió que el liberalismo político y el "laissez-faire" económico no son fácilmente compaginables y que la democracia política está íntimamente ligada a la democracia económica. Mill introdujo una nueva característica en un popular libro de texto sobre economía: sus "Principles of Political Economy" fueron el primer tratado de un profesional que se ocupó del tema del socialismo de una manera seria, en lugar de desecharlo calificándolo de fantasía utópica o de algo peor. Lo que hace la figura de Mill todavía más importante es que es el primer intelectual europeo de talla que adopta una actitud de simpatía hacia el socialismo, sin convertirse por ello en un propagandista fervoroso. En los Estados Unidos, ningún profesor de importancia ha mostrado hasta el presente una actitud amistosa análoga hacia el socialismo. En la primera etapa de su especulación sobre la propiedad y la libertad individual, Mill tiende al capitalismo individualista, sin llegar a ser dogmático ni a estar totalmente entregado a él. Incluso la primera edición de los "Principles of Political Economy" (1848), la más antisocialista de sus obras importantes de esa época, no contiene una condenación total del socialismo, sino una razonada refutación por motivos de despilfarro económico, ineficacia e impracticabilidad. E incluso en esta primera edición de sus "Principles", Mill tiene comentarios favorables para algunos esquemas cooperativos secundarios, y en relación con los sistemas principales se muestra impresionado por la economía *san-simonista*, excepto en el aspecto político, ya que presupone el "despotismo absoluto" (14) de los jefes, lo que sólo por ello hace a la totalidad del sistema poco atrayente. A partir de la tercera

(14) "Principles of Political Economy",
vol. I (1ª ed., 1848), pág. 254.

edición de sus "Principles" (1852), Mill modifica considerablemente sus opiniones sobre la libertad económica, la propiedad y el socialismo, y en su "Autobiography" alude a sí mismo como "socialista" o "socialista moderno".

Sin embargo, el hecho de que Mill se haya calificado a sí mismo de socialista y de que los socialistas lo reivindicuen con entusiasmo como uno de los suyos, no resuelve el problema de las relaciones de Mill con el socialismo en cuanto cuerpo de doctrinas y de prácticas. Mill era partidario de los experimentos socialistas, especialmente en forma de cooperativas, pero esto no prueba necesariamente que Mill fuera un socialista, sino más bien un pragmático, que estimaba que ninguna idea ni institución están fuera de discusión. Puesto que la propiedad privada se había convertido en un dogma en Europa de mediados del siglo diecinueve, Mill opinaba que debían fomentarse las asociaciones económicas basadas en una organización común de la propiedad. Así como el difunto Juez Holmes fué a menudo considerado, de manera errónea, partidario del "New Deal" porque no se opuso a los experimentos de esa doctrina, lo mismo ocurre con Mill, quien era partidario de los experimentos socialistas porque opinaba que los que creían en el socialismo tenían derecho a contrastar su creencia en la práctica. Mill calificaba a todas las instituciones y organizaciones sociales de "meramente provisionales" (15), y fué esta percepción de las imperfecciones necesarias de la propiedad privada lo que abrió el paso al ensayo de otros sistemas.

Sin embargo, Mill otorgó sus simpatías al socialismo con tantas reservas y distingos que resulta difícil clasificarle, en cuanto a su relación con él, con un criterio simplista. En primer lugar, está su creencia de que la planeación económica central no es ni práctica ni deseable. La planificación económica central tropezaría con el "problema de la administración" (16) y conduciría a "la peor forma de barbarie producida por la disolución de la vida civilizada".

Mill predijo que allí donde se emprendiera la planificación económica central terminaría optándose por la descentralización debido a razones prácticas evidentes, como ha ocurrido ya en Yugoslavia en gran escala y, en menor escala, incluso en la Unión Soviética. En segundo lugar, Mill combatió la transferencia total de la propiedad privada al dominio público. Frente a aquellos socialistas que hasta hace poco pretendían (pretensión que sólo mantiene hoy una pequeña minoría dentro de los partidos socialistas) que la propiedad pública en gran escala y la dirección estatal de la economía no producirían ningún efecto pernicioso siempre que el gobierno fuera elegido por procedimientos demo-

(15) "Autobiography", pág. 198.

(16) JOHN STUART MILL, "Chapters on Socialism" (1880), pág. 399.

cráticos y se mantuviese la libertad de prensa, Mill arguye que "la libertad de prensa y la constitución democrática de la legislatura sólo harían libre de nombre a este país o a cualquier otro" (17). El abandono de estos años de las nacionalizaciones como fin principal en los programas de los partidos socialistas inglés y alemán, reivindica claramente la convicción de Mill de que un Estado todopoderoso en la esfera económica no puede ser liberal en sus relaciones políticas con el individuo. Por el contrario, en aquellos lugares en los que el socialismo no ha insistido en las nacionalizaciones, como es el caso de los países escandinavos, ha logrado relativamente un éxito mayor.

Esto conduce directamente al tercer problema principal que las simpatías de Mill hacia el socialismo plantean: Mill propugnó formas de asociación cooperativa al margen del estado, no subordinadas a él. En todos sus estudios sobre el socialismo, Mill nunca menciona a Marx, y parece haber conocido muy poco, si es que algo conoció sobre el socialismo de orientación estatal de Lassalle. El interés de Mill se centraba en torno a las teorías cooperativas y antiestatales de Fourier y Owen. A diferencia de la generalidad de los socialistas que consideran la transición al socialismo como una simple transformación de la propiedad privada en pública, Mill se da cuenta de que el socialismo exige un nivel moral e intelectual del pueblo más alto que el que exige el capitalismo. Como le parecía que la clase trabajadora de su tiempo padecía "una extrema incapacidad moral en el presente para ejercer los derechos que otorga el socialismo y cumplir los deberes que impone", insistía en que los experimentos cooperativistas tendrían que realizarse primero entre "grupos selectos" (18) de obreros.

La cuarta razón por la que Mill otorgaba un apoyo condicionado al socialismo se debía a su creencia de que Europa estaba enfrentada con un cambio económico y social; la cuestión consistía en saber si ese cambio se realizaría mediante la guerra y la violencia o por medios pacíficos. Mill creía, en consecuencia, que el orden tradicional, en la medida que merecía ser conservado, solamente se podría modificar si se concedía a las clases trabajadoras libertad de establecer organizaciones socialistas y llevar a cabo experimentos socialistas. La más clara exposición de las opiniones de Mill se encuentra en una carta a George Brandes, fechada el 4 de marzo de 1872, y relativa a la Primera Internacional. Dice en ella que la Internacional incluía representantes de todas las tendencias socialistas, tanto moderadas como revolucionarias:

"Los miembros ingleses, algunos de cuyos dirigentes conozco personalmente, me parecen en general hombres

(17) "On Liberty", pág. 135.

(18) HUGH S. R. ELLIOT, "The Letters

of John Stuart Mill", vol. I (1910), págs. 168 y 193.

razonables que persiguen la consecución de mejoras prácticas en la condición de los obreros, son capaces de comprender los obstáculos y sienten poco odio hacia las clases a cuyo dominio intentan poner fin. Pero admito que en los debates del Congreso (de la Internacional) he hallado sentido común solamente entre los delegados ingleses. Ello es debido a que mis compatriotas tienen el hábito de esperar las mejoras de la iniciativa individual y de las asociaciones privadas más bien que de la intervención del Estado. El hábito contrario, que es el que prevalece en el Continente, hace a los reformadores creer que todo lo que tienen que hacer es conseguir las riendas del gobierno para alcanzar rápidamente sus fines. Esto es cierto, no solamente en relación con los socialistas franceses, que quizá sean más moderados que muchos de los demás, sino también, e incluso más, respecto de los socialistas belgas, alemanes y aun los suizos, al parecer bajo la dirección de algunos teóricos rusos, que creen que todo lo que se necesita hacer es expropiar a todo el mundo y derribar todos los gobiernos existentes, sin preocuparse de lo que habría que poner, ahora, en su lugar" (19).

La razón por la que Mill se oponía a un amplio cambio económico, revolucionario o pacífico, era su firme creencia de que el acento debía ponerse en el mejoramiento del orden de cosas existente, en parte porque faltaban los recursos morales e intelectuales necesarios para una completa revisión y en parte porque no estaba convencido de que fuera necesario un cambio total para conseguir los fines deseados. En su opinión, los principios de la propiedad privada nunca habían sido ensayados debidamente en ningún país; lo que se necesitaba era la difusión de la riqueza en lugar de su concentración. Mill opinaba que, aunque los males de la propiedad privada son grandes, no aumentan, sino que están constantemente disminuyendo, al contrario de lo que temen los socialistas: "El sistema actual no está, como muchos socialistas creen, precipitándonos en un estado de indigencia y esclavitud general del que sólo el socialismo pueda salvarnos" (20). La cuestión principal, aun cuando Mill adoptó una actitud más amistosa hacia el socialismo en las últimas ediciones de sus "Principles of Political Economy", era si en una economía colectivizada "quedaría algún refugio para la individualidad de carácter; si la opinión pública no sería un yugo tiránico; si la dependencia absoluta de cada uno con respecto a todos, y la vigilancia de cada uno por todos no trituraría a todos hasta

(19) ELLIOT, obra citada, vol. II, páginas 334 y 335. Traducido al inglés del texto original francés.

(20) "Chapters on Socialism", pág. 284.

alcanzar una sumisa uniformidad de pensamientos, sentimientos y actos" (21). La decisión entre socialismo y propiedad privada descansa para Mill sencillamente en una sola consideración: ¿Cuál de los dos sistemas es más apropiado para alcanzar la mayor libertad y espontaneidad? Su sistema social y económico ideal era aquél que combinase el máximo de libertad individual con el máximo de justicia económica (22), pero Mill no quería decidirse de antemano por ningún sistema sin una prudente y detenida prueba práctica.

Debe señalarse, en resumen, que la filosofía política y económica de Mill, aunque contiene muchas enseñanzas de carácter general, como mejor puede comprenderse, es sobre el fondo de una sociedad liberal, democrática y capitalista desarrollada. Su preocupación principal no fueron las amenazas *contra* la democracia existentes en las naciones política y económicamente poco desarrolladas, sino las amenazas *de* la democracia en las sociedades desarrolladas. Su ensayo "On Liberty" descansa, como un escritor inglés ha señalado recientemente, sobre "el supuesto inconsciente de que la Marina inglesa gobernaba los mares y que ninguna quinta columna podría enraizar en Inglaterra" (23). De modo análogo, en su preocupación por la libertad económica, Mill supone implícitamente una sociedad en la que la productividad es alta y progresiva y que posee costumbres y mecanismos políticos apropiados para una distribución equitativa de los beneficios económicos entre todas las clases de la sociedad. Mill no examina las amenazas contra la libertad política y económica que proviene de las grandes organizaciones y de los grupos de presión, por la sencilla razón de que tales fenómenos no existían en su tiempo. Se le acusa de que no tuvo en cuenta las amenazas gubernamentales a la libertad individual, y la explicación debe encontrarse en la convicción de Mill de que en una democracia las amenazas contra la libertad provendrán más probablemente de las presiones sociales que de las gubernamentales. La historia de la discriminación racial en los Estados Unidos, después de la decisión del Tribunal Supremo de 1954, confirma el temor de Mill de que en una democracia la salvaguardia de la libertad individual descansa en último término en la voluntad y la capacidad del pueblo de defenderla, más bien que en ninguna orden del gobierno, aun cuando esa orden sea liberal en extremo. La libertad política e individual por la que Mill se interesaba no era la libertad minoritaria de los individuos excepcionales que "se negó a Mill y Harriet Taylor durante sus veinte años de amistad despreocupada", sino la libertad de todos los miembros de una sociedad política e industrialmente desarrollada. Como el de otros demócratas y liberales, el pensamien-

(21) "Principles of Political Economy", 4.^a edición, vol. I (1857), pág. 257.

(22) "Autobiography", pág. 196.

(23) NOEL ANNAN, "The Curious Strength of Positivism in English Political Thought" (1959), pág. 16.

to de Mill sobre la libertad política y económica sufrió tensiones y dilemas debidos no tanto a inconsecuencia personal como a las profundas tensiones existentes entre democracia y liberalismo. Al tratar de la libertad política y de la económica, Mill siempre intentó reconciliar su preferencia sentimental por la concepción negativa de la sociedad (liberalismo) con su aceptación intelectual de la concepción positiva de la libertad (democracia). El presente trabajo intenta demostrar que, a pesar de la evolución de su pensamiento a través de diferentes fases de distinta intensidad, la elección última y definitiva de Mill fué en favor del ideal más difícil del liberalismo, en detrimento del ideal más llamativo de la democracia. Ello es cierto, tanto en relación con su interés por la libertad política como en relación con su preocupación por la libertad económica.